

El tema de las lecturas de hoy es que Dios elige y envía a aquellos que están dispuestos a ser sus sirvientes, no importa quiénes sean o hayan sido. Al igual que «El Señor . . . sacó [a Amós] de junto al rebaño», él toma a otros hoy desde la vida como un agricultor, un obrero manual, un fontanero, un maestro, o un trabajador de la construcción (que se hizo un dueño) y los envía, como San Pablo escribió «para que fuéramos una alabanza continua de su gloria.»

Nosotros católicos apropiadamente pensamos en la Bendita Madre y en otros santos como los enviados a vivir para Dios y para hacer su voluntad. Es verdad que ellos son enviados, pero como la Escritura para hoy nos proclama a nosotros, Dios pide a cada uno de nosotros a ser abiertos a él para que él puede enviarnos también a hacer su trabajo dondequiera estemos y cualquier que estemos haciendo. Mientras meditaba sobre las lecturas de hoy, me pregunté, «¿Quién es la primera persona que viene a mi mente como una persona que el Señor ha elegido?»

La persona en la cual pensé es un diácono en Santa Cecilia, el diácono Alan Christy. Él creció en una granja en el área de Colo, Iowa, más o menos treinta millas sudestes de Ames. Como un adolescente, había abandonado la universidad y él creyó que iba a ser reclutado durante la guerra en Vietnam, así un muchacho de diecinueve años se hizo un voluntario. Él, como todo aquellos que sirven en los militares, tiene muchas historias acerca de su experiencia. Durante un período de seis semanas él y sus camaradas fueron atrapados en la jungla en la lluvia torrencial. Sobrevivió esa dura experiencia y creía que él estaba bien. No demasiado tiempo después, era un pasajero en un transporte blindado de personal. Cuando el conductor hizo un giro brusco, Alan fue arrojado sobre el vehículo, aterrizando en su brazo. Por supuesto se encontró hospitalizado y mientras él yacía en ese hospital, él dijo, «Me desmoroné a las costuras». Hoy en día, diríamos que el tenía un caso severo de TEPT, es decir, síndrome de trastorno de estrés postraumático. Después de que fue dado de alta del servicio, otra vez se matriculó en la universidad, pero dice que no podía pensar con su «cerebro revuelto.»

Consiguió un trabajo en una compañía de construcción y dice que «martillar los clavos» era la terapia que le permitió recobrar su cordura. Alan Christy ciertamente atravesó el valle oscuro, pero por la gracia a Dios encontró su camino a luz y a la vida. El diácono Alan Christy fue ordenado hace nueve años y sigue siendo una inspiración para mí. Su trabajo cotidiano no cambió significativamente ya que los diáconos son ordenados, no para el

ministerio a tiempo completo, sino para ser sirvientes de Dios en una manera única mientras continúan trabajando para llevar el sustento a sus familias.

Nosotros escuchamos en el Evangelio que Jesús envió a los doce y los conocemos como los apóstoles de Jesús—San Pedro, San Juan, San Andrés, Santiago, etc. A menudo olvidamos que ninguno de ellos era una persona de cualquier eminencia a menos que pensamos de notoriedad. San Mateo era un cobrador notorio de impuestos. San Simón el cananeo era un Zelote, alguien que buscaba suscitar una rebelión política. Tres otros eran creídos que habían sido comerciantes. Los cuatro que mencioné eran pescadores. Jesús los envió a predicar el arrepentimiento y a curar a los enfermos. El «pastor y cultivador de higos», Amós, fue enviado a predicar el arrepentimiento en un país que no era el suyo. Y como san Pablo nos dice, el «Padre de nuestro Señor Jesucristo . . . nos eligió en Cristo, antes de crear el mundo, para que fuéramos santos e irreprochables a sus ojos, por el amor, y determinó, porque así lo quiso, que, por medio de Jesucristo, fuéramos sus hijos». Cuando yo pienso en ser elegido por Dios, en ser destinado a ser su hijo, eso es más de lo que puedo internalizar. Oigo las palabras, las leo, las miro, y estoy abrumado. Y rezo, «Señor, ayúdame a saber dentro de mis entrañas que soy tu hijo». Y la belleza del mensaje de san Pablo es que cada uno de nosotros aquí es elegido también para ser las hijas y los hijos de Dios. ¿Qué diferencia lo hace en nuestras vidas cuando comenzamos a escuchar y internalizar este mensaje?

Me gustaría volver a la historia de Alan Christy. Él y su esposa, Mary, pasaron cinco años en formación antes de que él fuera ordenado. Al final de cada año, ellos, como todo el resto de los candidatos, estaban obligados a presentar respuestas por escrito a las preguntas preparadas por el Consejo de Formación. Después, habían de ser entrevistados para determinar si serían invitados a continuar la formación. Si no hubieran sido invitados a volver, por supuesto, él no habría sido ordenado.

Tuve el honor de ser capaz de leer algunas de las respuestas de Alan y voy seleccionar de ellas, y cito:

Antes de que yo [se convirtió en un cristiano católico] hubiera considerado el estudio teológico ser el castigo cruel e inusual. Ahora parece no puedo conseguir suficiente de ello. Espero con anticipación a todas nuestras clases y estoy entusiasmado sobre las asignaciones de la lectura. Considero eso una gracia

de Dios y un signo de mi vocación. El estudio me ha dado la confianza y las herramientas que necesito para compartir mi fe con los demás. La historia que sigue es un ejemplo.

Mi hijo Michael y yo volamos a Utah para un viaje de esquí este invierno. Estaba tratando ponerse al día con mi asignación de lectura cuando una mujer de mediana edad se sentó a mi lado. Ella preguntó, «¿Qué estás leyendo?» Cortésmente contesté, «Éste es un libro que estoy leyendo para la clase de formación diaconada». Preguntó, «¿Qué es el diaconado?» Le expliqué que era un programa de cinco años y que, si estoy invitado a volver cada año, eventualmente yo podría llegar a ser un ministro ordenado de la Iglesia Católica. Ella respondió, «Yo soy una atea yo misma». Respondí, «Esa es una fe interesante . . .». Eso comenzó una conversación de tres horas sobre Dios y la Iglesia. Cuando llegamos, parecía como si ninguno de nosotros quería que la conversación terminara.

El Espíritu Santo había tocado ambas nuestras vidas ese día. Creo que ella será más abierta a Dios en su vida, y me quedé asombrado de cómo el Espíritu Santo me ayudó a expresar la fe que yo había recibido en la Iglesia. Cuando nos fuimos, yo reflexionaba acerca de cómo llego a ser que nos sentamos juntos, y mi corazón cantó una oración de acción de gracias y alabanza a Dios.

Ésta es la historia de una persona ordinaria, como ustedes y yo, a quien Dios eligió y envió para compartir su fe con los demás. Ésa es la historia que Dios quiere para cada uno de nosotros. Que respondamos a su voluntad para que él pueda enviarnos a cada uno de nosotros también, porque él nos elige a todos.